

LOS NUEVOS LECTORES EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

Jean François Botrel
Université Rennes 2-Haute-Bretagne



Más todavía que el concepto de «lector», el de «nuevo lector» es ambiguo. En efecto, no solamente es portador de toda la indeterminación atribuida a la categoría de lector (el que sabe leer, que lee, que practica la lectura intensiva o extensiva, oralizada, subvocalizada, interiorizada, colectiva o individual, etc.) sino que remite a un fenómeno de extensión del «compartir social de las prácticas del escrito», como lo califica J. Hébrard (1985) y por lo tanto de la lectura que coincide con un paso del antiguo al nuevo régimen de lo escrito (¿y de la lectura?) pero que le confiere al menos dos sentidos: el de los lectores suplementarios, adicionales de los cuales dan cuenta, como se verá, las estadísticas de alfabetización y de edición y el de lectores diferentes (ex no letrados) de los anteriores considerados como canónicos (cultos), definibles más fácilmente a través de un sistema de representación que por el análisis de los nuevos usos o prácticas. A esto se añade, una relatividad esencial, puesto que la aparición de nuevos lectores es un fenómeno no solamente constante sino desigual y creciente y la misma categoría no puede concebirse sin referirse a lo que preexiste precisamente para percibir la parte de conformidad (lectores semejantes) y de innovación (lectores diferentes) de la que son portadores los «nuevos lectores».

Mi propósito será menos poner de relieve lo que la historia social o la historia de la educación pueden aportar a la aclaración de esta problemática que lo que puede, en mi opinión, recibir de la historia del libro y de la edición según Lucien Fébre, es decir incluyendo la de las prácticas y usos, tomando como ejemplo la España del s. XIX, que puede ser representativa de un modo «meridional», intermediario entre la Europa del Norte y las sociedades de tradición oral predominante.

Veamos pues cómo a nuevos lectores pueden corresponder nuevos productos; pero también nuevos usos.



1. LOS NUEVOS LECTORES Y LA EXTENSIÓN DEL COMPARTIR SOCIAL DE LAS PRÁCTICAS DEL ESCRITO: INDICADORES «OBJETIVOS» Y REPRESENTACIONES

Una primera ilustración de la originalidad del caso español dentro de la tendencia a la extensión del compartir social de las prácticas del escrito, es el carácter tardío, lento y limitado de éste, pero también su carácter desigual, según las regiones de España, ya se trate de ciudades o de zonas rurales, de hombres o de mujeres (Botrel, 1987, 1993).

No se trata aquí de «medir» (con los métodos necesarios para hacerlo), el retroceso del analfabetismo, sino el desarrollo de la capacidad de leer (y escribir), de la aptitud para comunicar (Botrel, 1983). Esto supone que los historiadores se interesen menos por el retroceso en porcentaje del analfabetismo que por la progresión en cifras absolutas de los alfabetizados o que saben leer, implicables en el proceso de la comunicación impresa y en su distribución por sexo, provincia, edad, etc. El recurso a las cifras absolutas permite así que se evite considerar que está en progreso desde el punto de vista de la alfabetización una provincia como la de Albacete que ve sin duda que el número de analfabetos retrocede de 84 a 71% entre 1860 y 1920 pero que también aumenta de 175.000 a 300.000 durante el mismo tiempo. Del mismo modo Andalucía tradicionalmente considerada como la tierra del analfabetismo y por esta razón dejada al margen de la problemática cultural tiene más alfabetizados en 1920 que Castilla la Vieja que se beneficia sin embargo de una importante tasa de alfabetización. Se explicará más fácilmente de este modo la presencia de un importante aparato de producción y de difusión del impreso en Andalucía e incluso en el Levante –incluso en sus formas elementales– mientras que está sin duda poco desarrollado en Castilla, con excepción de Madrid y de la edición escolar en Valladolid y Burgos, por ejemplo.

Si nos referimos ahora al otro nivel de percepción del fenómeno, al que conviene calificar de «nivel de la representación», se percibe en primer lugar que nuestra información está todavía incompleta. Porque no disponemos para España de nada parecido al *Discurso sobre la lectura*, para el periodo de 1880-1980 de A. M. Chartier y J. Hébrard (1989), pero también (y esto lo explica quizás) las fuentes para acceder a este discurso (y por consiguiente a las prácticas que allí se refieren) son poco numerosas y dispersas. Los españoles escriben poco en general (es notable

la ausencia de memorias como las de Martin Nadaud o Antoine Sylvine en Francia), han tardado bastante en considerar el analfabetismo como una tara (las políticas públicas o su ausencia y/o ineficacia son expresivas a este respecto) y por consiguiente el aprendizaje y la práctica del escrito como una necesidad «nacional». Han escrito, por consiguiente, poco y tarde sobre este tema: hay que esperar prácticamente a los años de 1900 para encontrar palabras tan importantes como las pronunciadas por Federico Olóriz en el Boletín de la *Institución Libre de Enseñanza*: «el analfabeto tiene su inteligencia congelada por el frío de la ignorancia».

Se encontrarán sin embargo huellas dispersas de los efectos del aumento del número de lectores, del gusto por la lectura (en 1867 la revista *La Novela* proclama «la enorme afición a la lectura que se ha desarrollado en España») mientras que el futuro novelista José María de Pereda manifiesta su inquietud sincera ante «la imprenta (que) es un río desbordado que nada respeta, que todo lo inunda. Desde el periódico noticiero de a dos cuartos hasta el folleto incendiario; desde la entrega de a medio real hasta el volumen de a medio duro; desde la copla de ciego hasta la Santa Biblia; desde el chabacano prospecto mercantil hasta el solemne y campanudo «documento parlamentario», doscientos mil proyectiles calentitos y chorreando la tinta de Gutenberg, amenazan todos los días de Dios al pacífico ciudadano, pidiéndole el vil ochavo a cambio de un rato de solaz.»

El discurso dominante no es, pues, el de la culpabilización (antes de los años de 1900); se podría incluso decir que la culpabilización es la de los que pretenden emanciparse a través de la lectura autónoma: es evidentemente la Iglesia la que es portadora de este «mensaje» e invita a los católicos a hacerse la pregunta siguiente: ¿Por qué no he de leer todo lo que quiero?, aun cuando se encuentra obligada a conceder, incluso a proceder a un «aggiornamento» (cf. Botrel 1982, 1996a); sorprende, desde otro punto de vista, ver cómo la desconfianza del socialismo guesdista hacia la educación como instrumento revolucionario perdura en el movimiento obrero (Tiana Ferrer, 1992) y cómo la visión reformista de la educación popular o del pueblo no produce más que pocos efectos en término de realizaciones.

Nada extraño, pues, que no haya en España en los años de 1900 más que la mitad de españoles teóricamente capaces de leer y de escribir (subsistirá durante largo tiempo un bloque de aproximadamente doce millones de analfabetos). Teniendo en cuenta esta situación «intermediaria» en la que la presencia y la función





de lo oral y de la imagen se encuentran lejos de ser eliminadas incluso si ellas son infravaloradas es como hay que interpretar el hecho de que entre 1830 y 1900, el número de los que saben leer y escribir se ha multiplicado por 10 (de aproximadamente 600.000 a 6.000.000), quedando evidentemente por fijar el número y las cualidades de «lectores» (recordemos, por ejemplo, que parte de los quintos ha perdido la cualidad de alfabetizados que les proporcionan los censos 10 años antes, lo que permite pensar que las aptitudes para leer son frágiles). Quedan por apreciar las condiciones y las consecuencias de la incorporación de aproximadamente 77.000 «nuevos lectores» por año, como media, con un ritmo creciente: + 55.000 entre 1860 y 1877 (población global: + 56.500), + 94.000 entre 1877 y 1900 (población global: + 71.600) + 150.000 después de 1900 > + 218.000 después de 1910.

Desde un punto de vista metodológico, además de la necesidad de no aplicar mecánicamente los modelos venidos del Norte y de relativizar la importancia del fenómeno, de la evolución, deducimos que el examen de la aculturación en el escrito supone que nos refiramos a otros usos arcaicos, del antiguo Régimen (por ejemplo la remanencia de semialfabetizados, que no saben más que leer), no erradicados y a veces incluso dominantes y cuasi legitimados por incapacidad, pasividad o interés.

2. LOS NUEVOS PRODUCTOS Y NUEVAS LECTURAS: MASIFICACIÓN Y LAICIZACIÓN, INNOVACIÓN Y ADAPTACIÓN

Al aumento del número de lectores corresponde evidentemente el de la oferta de productos editoriales favorecida por un desarrollo tecnológico del aparato de producción (Botrel, 1993) (el número de títulos publicados anualmente pasa de 500 a más de 2000 entre 1868 y 1900, pero sobre todo la prensa se propaga aumentando sus tiradas (de 15.000 ejemplares diarios a 135.000 para la *Correspondencia de España* por ejemplo) pero también diversificándose, no sin una tendencia al mimetismo que es susceptible de matizar tal primera impresión (Botrel 1996b) (hacia 1880 el crítico y novelista Clarín señala que el público español «empieza a leer de veras pero que en vez de empezar por *Pepita Jiménez* y *Sotileza* como debiera, empieza por los papeles de actualidades políticas y de todo género, que le ofrecen a perro chico por la calle.»

Esta masificación y esta diversificación pasa por la aparición o el desarrollo de categorías «nuevas». Una aproximación taxonómica a la estadística bibliográfica permite en efecto observar el aumento de la literatura de «recreo» (de placer) con el acceso de la novela a la identidad «bibliográfica», por ejemplo, pero también la laicización de la producción en la que la parte religiosa disminuye notoriamente, incluso si la edición escolar no se desarrolla más que tardíamente.

Aparecen nuevos géneros editoriales como los folletines de los periódicos, las «Ilustraciones» (Trenc, 1996), las novelas por entregas, los «periódicos-novela», las novelas a peseta, los «cuentos» publicados en la prensa y, a principios del s. XX, las colecciones semanales de novelas, por ejemplo, o tomando otro criterio las obras publicadas para los viajeros según el modelo francés de Hachette, como las de la Biblioteca de ferrocarriles y de «nuevos lectores» móviles.

Sin embargo existe el riesgo de centrarse en la «novedad» (el flujo) olvidando lo antiguo existente (el «stock»). Es así como el desarrollo de la prensa no impide al menos hasta finales del s. XIX (pero no se encuentra huella de ello prácticamente hasta los años de 1970) la persistencia de una producción bastante importante, en un modo «arcaico» propio de los ss. XVIII y XVII de impresos de cordel, para usos informativos, edificadores o recreativos esencialmente, para usos orales (romances de cordel).

Igualmente el recurso cada vez más observable al hilo de los años a los formatos en 8.º y en 4.º no ocasiona enseguida la desaparición de los pequeños formatos (en 16.º y en 32.º): se procede más por adición que por sustitución.

Habiendo recordado esto, hay que preguntarse evidentemente en qué medida y de qué manera el lanzamiento de un nuevo producto o su adaptación corresponde a una demanda, al menos potencial, de parte de nuevos lectores. Es así como la evolución de la prensa hacia una periodicidad diaria, el aumento de su formato con la introducción de columnas, la inserción de un folletín o de ilustraciones, etc. remite a la presencia de nuevos lectores. También podemos preguntarnos si el recurso a la publicación por entregas, con ciertas características tipográficas (Botrel, 1974) o la publicación de un mismo texto bajo dos formas, una de lujo y otra económica, no tiene en cuenta de antemano esta nueva situación que no es tanto el acceso de los obreros a la lectura como el de las capas sociales medias urbanas (artesanos, comerciantes, empleados, etc.) al lado de profesionales que se convierten si no en nuevos lectores al menos en lectores diferen-





tes, capaces de adquirir y de leer estos nuevos productos (cf. Moreno Martínez, 1989). El estudio de los discursos editoriales sobre la adecuación entre el producto puesto en el mercado (texto o libro o impreso) y la previsión o las necesidades de tal o cual público («sociológicamente» caracterizado) es susceptible, por poco que se le decodifique, de sugerir indicaciones sobre el «peso», al menos «en el horizonte» de los editores, de los nuevos lectores; por esto podríamos preguntarnos si la insistencia que se pone en la relación entre la cantidad de la lectura, el precio y la calidad del producto editorial que no es reveladora de unos nuevos modos de consumo. Igualmente el examen del tratamiento, con o sin transformación, de un texto en formas editoriales diversas («puestas en libro», según la bella expresión de Mac Kenzie, 1991) es ciertamente susceptible de aportar mucho en el conocimiento, menos de estos nuevos lectores, que en el de los nuevos usos o prácticas que esto supone.

3. LOS NUEVOS USOS: LA EVOLUCIÓN DEL ESTATUTO DEL IMPRESO

El mejor medio para conocerlos es sin duda la observación de los lugares en que son registradas las consecuencias del paso al acto de los «nuevos lectores», es decir, en las bibliotecas privadas o públicas. Hay inventarios disponibles y analizados, en número muy limitado, pero del estudio hecho por Pedro Moreno Martínez sobre Lorca (provincia de Murcia) de 1760 a 1860 (1989) o el de Jesús A. Martínez Martín sobre el Madrid isabelino (1991) se desprenden (a pesar de las dificultades o límites ligados a la ausencia casi sistemática de fechas de edición de los libros conservados o de adquisición) unos nuevos usos entre los lectores «antiguos» que entran —tímidamente— en la civilización del ocio (con la ficción, las novelas en particular) conservando preocupaciones de tipo profesional, pero sobre todo entre los nuevos lectores que son los artesanos por ejemplo que acceden al escrito por la adquisición y la conservación de algunas obras profesionales o de ocio (incluso a través de la puesta en escena del libro en simples estanterías o armarios bibliotecas), con importantes diferencias entre las costumbres «de las ciudades» y «de los campos»: así vemos aparecer «bibliotecas» de artesanos (con 21 libros de media frente a 300 en las de los políticos y burócratas) cuando hacia 1860 los habitantes de la huerta de Lorca están todavía desprovistos de ellos y cuando en la misma

época las novelas de Dumas, Sue, Féval son objeto de un consumo interclasista en Madrid y parecen estar reservadas a los grandes propietarios, aristócratas, algunos miembros de la armada y excepcionalmente un «salitrero» en Lorca. Sería interesante ver cómo los inventarios post mortem tratan este tipo de bienes, en particular su valor venal y simbólico e incluso afectivo.

Más allá de las relaciones mantenidas con los gabinetes de lectura y más generalmente la lectura pública (Botrel 1996), podemos también descubrir la construcción de nuevas relaciones con el libro de segunda mano que durante largo tiempo conserva un estatuto próximo al del libro nuevo antes de ser relegado al rango de libro de ocasión despreciado ofreciendo de manera diferente y degradada textos antiguos a nuevos lectores, al mismo tiempo que aparece la noción de libro antiguo para bibliófilos cultivados y acomodados (Botrel, 1988).

Me parece que es sin embargo en la construcción de relaciones puntuales (semanales, en este caso) con la lectura y en la asociación recurrente de una o de varias imágenes con el texto como podemos intentar caracterizar los nuevos usos/prácticas de los nuevos lectores de la manera más fecunda.

Es el caso de las publicaciones por entregas que son las que no llegan al lector o al consumidor en una obra completa sino en cuadernos o pliegos, casi siempre acompañadas de ilustraciones «sueltas» del texto o insertas en éste. La publicación por entregas permite, pues, la distribución por fragmentos o unidades de longitud variable de una obra acabada o en curso de creación, según una periodicidad que es con mucha frecuencia semanal en la época. Desde el punto de vista del «nuevo lector» se adivina una adecuación entre la cantidad que hay que adquirir por un precio módico (un real cada semana, pero para un periodo generalmente largo) y la cantidad de texto que hay que leer. El hecho de que la entrega sea, como su nombre lo indica, puntualmente entregada a domicilio elimina por otra parte la dificultad que puede haber en encontrar el camino de una librería. Podemos interpretar la preocupación manifestada por los editores de ganarse la confianza del cliente como una preocupación legítima de garantizarse ingresos compatibles con el débil nivel de capitalización de sus empresas, pero ¿cómo no percibir también que esta estrategia, particularmente desarrollada, constituye una respuesta a las débiles capacidades económicas pero también «lectoras» del público afectado? El mismo discurso editorial que insiste en la excelente relación entre la cantidad de lectura y la calidad del producto (el «lujo») por el precio pedido parece remitir a un público





que todavía duda en entrar en el mundo del impreso. La ración semanal adquirida y consumida los domingos, que excepcionalmente puede llegar a ser bisemanal y diaria, tratándose del folletín, crea una costumbre al satisfacer de manera fragmentada y graduada durante un tiempo de lectura fácilmente estimable (aproximadamente media hora para un lector muy lento por 16 páginas, sea dos «entregas» con aproximadamente 4.000 palabras, por ejemplo) lo que se puede calificar de una nueva necesidad, al lado de las formas más convencionales del libro unitario incluso si la innovación no es verdaderamente una ya que desde el s. XVIII las colecciones de historias de Manuel Martín e Hilario Santos tienen una periodicidad semanal.

La recopilación posterior de los cuadernos o páginas sacados del periódico en un libro más o menos tosca o suntuariamente encuadernado, traduce indirectamente la presencia de un modelo de referencia al cual se puede así acceder efectiva o simbólicamente. La persistencia hasta los primeros decenios del s. XX de esta fórmula editorial, cada vez socialmente más «adscrita», permite pensar que se está frente a una fórmula apropiada a las necesidades de generaciones sucesivas y evolutivas de nuevos lectores que no verán además, en los años 1900, ninguna objeción en consumir viejos textos de los años 1850-60 de Manuel Fernández y González, por ejemplo (se observa el mismo fenómeno en la literatura de cordel con un gusto por la «repetición»). (cf. A. Thiesse, 1984). No se puede por otra parte excluir que otras motivaciones como la «colección» puedan explicar el paso consistente en adquirir productos de larga duración (Robine, 1970). Podemos pues emitir la hipótesis de que el público (la clientela) de este tipo de producto editorial hay que buscarlo en las capas sociales o los sectores recientemente alfabetizados para los cuales el libro es poco familiar y la lectura es todavía una práctica excepcional (pero también entre los que no incluían la novela «fácil» o «fútil» entre sus lecturas habituales). Es en todo caso contra aquellos, sobre todo contra las mujeres, las jóvenes chicas y los jóvenes en general (¿nuevamente alfabetizados?) contra quienes *La Censura*, periódico católico, se manifiesta entre 1844 y 1853, denunciando los peligros que representa para la «desgraciada juventud abandonada por sus padres y maestros a todos los peligros de la seducción» este tipo de lectura y llamando la atención de las personas «ilustradas», «lectores de ayer», sobre la influencia que puede tener este tipo de literatura sobre la «gente crédula y sencilla del pueblo» o sobre «las personas de menos instrucción y capacidad» y sobre «el incentivo

de las láminas y de la baratura» que garantiza un gran número de compradores a este tipo de publicaciones. Galdós compartirá un poco más tarde la misma idea recordando cómo este género ha contribuido a «fomentar la afición a la lectura» entre un público poco habituado a leer.

Hemos evocado arriba la posible adecuación entre el cuerpo de caracteres y el interlineado elegidos y el público lector considerado «en ciernes» (aunque F. Richaudeau estima que esto no tiene ninguna incidencia sobre la legibilidad). Se observará, en efecto, que las historias de cordel que se ha tenido tendencia a atribuir a un público «popular» no presentan estas características tipográficas; al contrario, se trata de composiciones tipográficas particularmente apretadas e «ilegibles» desde este punto de vista, siendo por lo que se ve la norma la más grande cantidad de lectura en el volumen más reducido posible (Botrel, 1986). Sin embargo se notará la acentuada división del texto en capítulos, como en las novelas por entregas, como si la capacidad unitaria de consumo (de lectura o de audición como se ve en el caso de los romances) permaneciera todavía limitada, incluso si los «nuevos lectores» de la prensa comienzan a reclamar folletines más largos como lo explica *La Iberia* del 3 de enero de 1856 (cf. Magnien, 1995).

En cuanto a la ilustración si no es a todas luces un atributo de los nuevos productos no puede uno dejar de notar su presencia casi sistemática y abundante y por la función que desempeña, en particular en los nuevos productos editoriales, principalmente de ficción.

El examen de un «género editorial» como las aleluyas, género particular en el sentido en que existía bajo forma de secuencias de imágenes casi siempre sin pie y al que se añaden unos comentarios versificados, nos permitirá formular el problema del estatuto de la ilustración del texto o del texto ilustrado. Observamos en efecto que a los muy escuetos mensajes escritos (una palabra bajo una ilustración, «Pasarell» (en catalán), por ejemplo que permite suponer una lectura logográfica, modalidad de acceso transitorio a la capacidad de leer, como sabemos) sucede el dístico, con el léxico tan pobre como la sintaxis, que fomenta una oralización inmediata («Tal cual es escucha entera/ la historia de un calavera») así como una memorización fácil («Si tenéis buena memoria/ aprended aquesta historia») que podía muy bien servir de lectura... Pero lo que leemos fundamentalmente es la imagen («Verás la historia lector /del gran Cid Campeador») y en lugar de ilustrar el texto, la imagen es de algu-





na manera explicada por él, como un plus, en una relación de analogía más que de contigüidad (cf. por ejemplo «Aquí veréis bien contada /la historia de una criada»). Frecuentemente se requiere la mediación de una lectura oralizada por un tercero eventualmente ficticio (el maestro narrador habla al aprendiz lector) estando al cabo del proyecto la visión, la escucha o la memorización. Si, como imaginamos, la lectura ha podido ser también hecha por un lector autónomo, subsiste siempre la voz del narrador que se impone como guía y se da a entender como en las formas de narraciones populares en las que la relación entre el narrador y el narratario es directa incluso en la ficción (cf. Botrel, 1995b).

Bajo la forma de viñetas insertas cuando se trata de la prensa y de las ediciones tipo Barba o Havard a partir de 1850, pero más frecuentemente fuera del texto, la ilustración está también omnipresente en las novelas por entregas (como lo estará en la prensa gráfica sensacional...). Observamos en efecto que desde los años 1840, en relación con la aparición de la prensa gráfica o ilustrada (cf. *El Semanario Pintoresco Español* que genera nuevos lectores) la ilustración bajo forma de lámina suelta y, desde 1850, bajo forma de xilografías insertas invade el libro (cf. anteriormente la única ilustración bajo forma de frontispicio), hasta tal punto que llega a convertirse en un argumento comercial («publicación adornada con magníficas/preciosas láminas sueltas»). Hay que señalar sobre todo su estrecha relación con el desarrollo narrativo del texto del cual dan cuenta los pies en general sacados del texto pero más todavía los momentos escogidos para ser ilustrados que son en general los más dramáticos y significativos en la «fábula», como para servir de marca visual para la lectura: las ilustraciones unidas a una parte o a una secuencia del texto, frecuentemente citado como «explicación», además de que pueden representar un atractivo como objeto de posesión pueden ser la representación visual y fácil de algo que a pesar de la profusión de detalles y de su incesante dramatismo permanece abstracto. Se tiene en efecto la impresión de que el libro se convierte en un objeto a la vez visible y legible y no ya solamente en el soporte para una lectura mental desencarnada; llega a permitir una doble lectura para un producto mixto de grafismo y de texto: es lo que apunta explícitamente Galdós en 1881 con la edición (de lujo) de sus *Episodios nacionales ilustrados* que comporta un verdadero «texto gráfico» paralelo al texto propiamente dicho (Botrel, 1995a) y las colecciones semanales ilustradas ofrecen numerosos ejemplos de historias relatadas por la

imagen, pudiendo ser el soporte visual no solamente un atractivo o un lugar de «descanso» sino una herramienta para la confirmación/verificación del sentido discursivo. La cubierta ilustrada se convierte entonces en un medio de identificación o de reconocimiento para un género como la novela que, en este caso, es también un género editorial (Botrel, 1997). Cuesta pensar que se pueda seguir planteando el problema del sentido del elemento icónico independientemente del texto al cual se refiere o lo contrario. En efecto, debemos preguntarnos si la presencia de una ilustración no es la condición sine qua non del acceso al texto, si no permite una «lectura» tosca pero simbólica e incluso funcionalmente esencial para lectores poco hábiles o poco preparados para la excesiva abstracción del texto tipográfico. El caso de los libros ilustrados industriales para neo-bibliófilos (que son más nuevos propietarios de libros que «nuevos lectores» en sentido estricto) debería sin embargo ser tratado aparte. Elemento reputado de prestigio (de lujo), la imagen (la ilustración) puede haber tenido, como se ve, un papel funcional, decisivo para el acceso a la lectura al menos como coadyuvante.



4. LAS NUEVAS PRÁCTICAS DE LECTURA Y SUS VARIABLES

A falta de saber exactamente por ahora lo que leer quiere decir en la España de entonces, limitémonos a señalar un cierto número de indicios o de situaciones ya conocidas que nos permitirán ir más adelante en esta búsqueda del nuevo «lector» en sentido pleno.

Al pensar —lógicamente— que los nuevos lectores son los que de niños se han beneficiado de aprendizajes contruidos a falta de ser siempre institucionalmente asumidos (no hay que olvidar la importancia de los aprendizajes ocultos, principalmente para las chicas), se inclina uno a observar en la edición escolar o para la infancia los síntomas y las características de esta evolución.

Observemos en primer lugar que la aptitud para leer está lejos de ser garantizada puesto que todavía encontramos entre los quintos de los años de 1900 proporciones de analfabetismo funcional particularmente importantes. Después, que el modelo de la cartilla del antiguo régimen, y el más rico y actualizado de la enciclopedia perduran largo tiempo sin estar acompañados de publicaciones para escolares susceptibles de desarrollar el gusto de la lectura fuera de la escuela: que yo sepa el sistema de los premios



escolares tal como ha existido en Francia no reviste verdadera importancia y habrá que esperar la aparición de las ediciones Bastinos (en Barcelona) y Calleja (en Madrid) para ver en el mercado algo que sea comparable —en alguna medida— a las de Hachette o Hetzel en Francia. Incluso la Iglesia católica que es sin duda la más atenta a las necesidades de los niños en materia de lectura (cf. las producciones del Padre Coloma) no propone nada que sea comparable a los libros de las ediciones Mame por ejemplo.

Otra categoría cuya emergencia las estadísticas de alfabetización permiten observar es la de las «nuevas lectoras». Aquí también hay que mostrar mucha ingeniosidad para recoger indicios susceptibles de aislar para luego estudiarla esta «categoría» muy a menudo designada en los discursos oficiales y siempre con insistencia sobre el peligro corrido por las jóvenes chicas o las futuras madres de familias responsables en el seno del hogar de la educación de los niños: pensemos en productos «adscritos» como la «Biblioteca de damas» de Bergnes de las Casas o, los «libros para las madres» pero también en la ausencia casi total de inventarios de bibliotecas que hayan pertenecido a mujeres, en Ana Ozores a la que llamaban despectivamente Jorge Sandio en *La Regenta* o en esta pobre chica que según el médico, Prudencio Serañana y Partagás, se prostituyó por estar demasiado dedicada a la «voluptuosa lectura» pero también en las casi mil mujeres escritoras catalogadas por M. del C. Simón Palmer (1991), que dan cuenta de la creciente incorporación de las mujeres a las prácticas de la escritura y de la lectura. ¿En qué contribuye esta presencia de un nuevo lectorado menos exclusivamente masculino a una evolución de la producción editorial y recíprocamente? Digamos, en una primera aproximación, que como en el caso de los niños, se trata de lecturas «acompañadas», bajo control, orientadas incluso por mujeres (caso de la Pardo Bazán) a causa de una especie de desconfianza. Habrá que esperar a los años 1920-30 para que este «nuevo» público que comparte de hecho varias lecturas más o menos asexuadas sea reconocido a través de una línea particular de productos. No hay sin embargo ninguna duda de que estamos frente a un grupo considerado al menos implícitamente por los escritores. Son por otra parte los mismos textos y las relaciones que pueden revelar con un lector (lectora) modelo, más que con un lector real cuya «existencia» depende de testimonios muy aleatorios los que proporcionan sin duda las más preciosas indicaciones a este respecto, en la medida en que puede tratarse de una verdadera pedagogía de la lectura para uso del lector (cf. Botrel, 1994b).

Después de J. Hébrard (1985) y R. Chartier (1987), me gustaría insistir, sobre todo en el caso de España, en la coexistencia de diferentes «prácticas» de lectura, incluso las «comunitarias»: si la tendencia como en todas partes es a la evolución hacia una lectura extensiva, silenciosa, individual, etc. (sobre la cual no se dispone apenas de elementos que permitan apreciar la efectividad de las competencias), es seguro que los nuevos lectores salidos de las escuelas españolas durante los años de 1860 no deben apenas tener habilidad lectora más allá del «deletreo» y de la oralización. Se da a menudo una lectura asistida, es decir por el intermediario de un lector adulto o experto: es el caso de las bibliotecas populares estudiadas por Viñao Frago (1989) que cita la organización, después de 1870, de lecturas populares o públicas a cargo del maestro o de otra persona «ilustrada». La situación deducible de las anotaciones basada en una obra para «mujeres» (las menciones manuscritas sobre los libros son igualmente indicios valiosos, por ejemplo para apreciar las cantidades de lectura cotidianas o semanales) permite darse cuenta de una situación de «colectivización» del libro y de la lectura que debía de ser frecuente y que concierne a futuras nuevas «lectoras». No citaré más que un ejemplo de estas lecturas comunitarias o de estas «comunidades lectoras» como las llama Roger Chartier, del que da cuenta un ejemplar de *La Bruja Blanca* de Julio Ascano (publicado «con licencia eclesiástica» en la biblioteca de *El eco de la cruz* de Zaragoza) en el cual hay menciones manuscritas que permiten comprender que desde el 21 de marzo al jueves 26 de abril de 1923 (¡en teoría hemos salido ya del s. XIX!), una tal Enriqueta lee para las obreras de un taller todos los miércoles desde las 4,30 h. a las 5,00 h. de la tarde, de 12 a 15 páginas de dicha obra, más 5 ó 6 páginas de *Pepitas de oro* de Monseigneur Sylvain.

¿Qué recepción ha podido tener *La Bruja blanca*, obra dedicada a las obreras de las fábricas y de los talleres, nuevas lectoras sin duda incluso sin necesidad de saber leer en este caso, a las que el autor desea dar «una organización familiar»? Se sabrá solamente por la misma Enriqueta que «las obreras reciben bien la lectura y les pareció breve el tiempo» y que la patrona del taller le quedó muy reconocida (Botrel, 1993). Podríamos citar otro caso de lectura acompañada y comunitaria en el que la iniciativa es menos paternalista y más redentora entre los obreros anarquistas evocados por Ramiro de Maeztu.

El principio del s. XX con la aparición y el desarrollo de numerosas colecciones de novelas cortas semanales ilustradas,





con las tiradas masivas y vendidas en los kioscos ve el acceso de nuevas capas sociales más numerosas al estatuto de lectores y de propietarios de impresos (libros, folletos), para las mismas formas breves que ellos habían ya podido encontrar en la prensa (Ezama Gil, 1992), confirmando así el principio ya expuesto de la acumulación de productos editoriales y de nuevos lectores en espera de un ascenso en la jerarquía de los valores editoriales y literarios canónicos.

Una geografía de la lectura, con sus variables sociológicas, regionales, urbanas o rurales permitiría, en todo caso, matizar lo que se deduce de las estadísticas y hacer percibir mejor la originalidad del caso español en relación a los modelos dominantes más o menos aceptados.

El trabajo está todavía por hacer... En particular, los modos no canónicos o indirectos de acceso al escrito por el intermediario de usos familiares de almanaques, de calendarios, de agendas, incluso de revistas pero también por la utilización de libros «de utilidad» como sustituto de una formación general o técnica deficiente (lo que se llama los «manuales de conocimientos útiles») merecerían ser mejor conocidos y que se desarrollara una aproximación más antropológica de la lectura.

5. NUEVOS LECTORES/ NUEVAS LECTURAS

A nuevos lectores corresponden, pues, nuevos libros y nuevas prácticas... hasta cierto punto. No se puede, en efecto, con este método que consiste, al margen de las estadísticas y aserciones en buscar en el libro pero también en el texto indicios que permitan apreciar las consecuencias de la emergencia de nuevos lectores, olvidar que se trata de un flujo cuya naturaleza no es exactamente la misma según se trate de una ruptura o de un salto cualitativo, al menos al nivel de la representación, o de una acen tuación de la tendencia que hace que los lectores al menos po tenciales sean tan numerosos como los no lectores teóricos: la in corporación de los nuevos lectores, a la «comunidad» de lectores «de ayer» no reviste exactamente el mismo sentido, a mediados de siglo o al final, donde se convierte en algo más corriente.

Me parece interesante a este respecto observar las conse cuencias desde el punto de vista del autor, de esta coexistencia de varios lectores: lectores antiguos, lectores expertos, nuevos lectores (Botrel, 1984-5). Es así como a propósito de Galdós he podido mostrar que su público se redujo cuando después de la

segunda serie de los *Episodios nacionales* (con sus aproximada mente 150.000 lectores) el novelista pone en el mercado sus *Novelas españolas contemporáneas* (25.000 lectores, en un mo mento en el que hay en España 4 millones de alfabetizados teó ricos) y todavía más con las novelas dialogadas para reconquis tar enseguida un lectorado «antiguo» y «nuevo», desde la terce ra serie de los Episodios vendida a un número más grande de ejemplares que las dos primeras series al menos al principio. Más interesante todavía, desde mi punto de vista, es la relación pedagógica que tiene el novelista con sus diferentes públicos a partir de un lector «modelo»: un único ejemplo, el del trata miento y la figura de Estupiná en *Fortunata y Jacinta* compara da a la de Rossini: se dirige en primer lugar a un tipo de lector (cultivado) («Los que quieran conocer su rostro, miren el de Rossini ya viejo como nos le han transmitido las estampas y las fotografías») lo que supone la posibilidad de poder mirarle en su casa o en el teatro. Observamos en todo caso que por prudencia el narrador precisa «estampas y fotografías del gran músico», dando así una clave suplementaria. Pero inmediatamente la referencia cultural explicitada se hace descripción («La forma de la cabeza, la sonrisa, el perfil sobre todo, la nariz, la boca hundi da, los ojos picarescos, era trasunto fiel de aquella hermosura un poco burlona»). Esta descripción se apoya en una referencia menos sabia (Polichinela) («se aproximaba algo a la imagen de Polichinela») y se acaba por una llamada a una semejanza com preensible por cualquier lector («La edad iba dando al perfil de Estupiná un cierto parentesco con el de las cotorras») (cf. Botrel, 1989). En esta preocupación «pedagógica» del narrador está qui zás todo el abanico de lectores capaces de leer a Galdós según las aspiraciones profundas de éste. (cf. Botrel, 1994b).

Sobre todo, la aparición de nuevos productos no conlleva ipso facto la desaparición de los antiguos y no se puede comprender la dinámica cultural (y editorial) entablada por la aportación de estos «nuevos lectores» sin referirse a una «estrategia» que con siste en acceder a la lectura como ella se presenta para conquis tar enseguida nuevos productos pero también nuevos textos en el ampliado abanico de los productos disponibles –los antiguos y los nuevos– permitiendo la reducción de la discriminación aso ciada a la capacidad lectora que se manifiesta por relaciones sim bólicas con el libro, que pasa principalmente por la adquisición (vs. el préstamo), con sus «rituales de apropiación» con vistas a la propiedad.

En suma, los nuevos lectores y su protagonismo cultural no





pueden ser comprendidos y apreciados más que por el conocimiento que dan la historia social y la historia de la educación de las competencias lectoras deducidas del sistema de formación formal e informal y en relación con la idea que los nuevos lectores –sin cesar nuevos– se hacen de los antiguos en la construcción de los usos o de las prácticas, o sea de sus relaciones con la lectura.

(Traducción realizada por Julia Amezúa Amezúa)

BIBLIOGRAFÍA

Estudios citados:

- Botrel, Jean-François (1974), «La novela por entregas: unidad de creación y consumo. In: *Creación y público en la literatura española*, Madrid, Castalia, pp. 111-155.
- (1982), «La iglesia católica y los medios de comunicación impresos en España de 1847 a 1917: doctrina y prácticas». En: *Metodología de la historia de la prensa española*, Madrid, Siglo XXI, pp.119-176.
 - (1984-5), «Le succès d'édition des oeuvres de Benito Pérez Galdós: essai de bibliométrie». En: *Anales de Literatura Española*, n.º 3, pp. 119-157/ n.º 4, pp. 29-66.
 - (1986), «Les historias de colportage: essai de catalogue d'une bibliothèque bleue espagnole (1840-1936)». In: *Les productions populaires en Espagne (1850-1920)*, Paris, CNRS, pp. 25-62.
 - (1987), «L'aptitude à communiquer: Alphabétisation et scolarisation en Espagne en 1860 à 1920». In: *De l'alphabétisation aux circuits du livre en Espagne. XVIème- XIXème siècles*, Toulouse, CNRS, pp. 105-140.
 - (1988), *La Diffusion du livre en Espagne (1868-1914)*. Les libraires, Madrid, Casa de Velázquez, 292 pp. (Bibliothèque de la Casa de Velázquez 5).
 - (1989), «Lector nominal y lector real en *Fortunata y Jacinta*». En: *Galdós. Centenario de «Fortunata y Jacinta» (1887-1987)*. Actas, Madrid, Universidad Complutense, pp. 451-460.
 - (1993a), *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Ed. Pirámide, 692 p. (Biblioteca del libro, 53).
 - (1993b), «Narrativa y lecturas del pueblo en la España del siglo XIX», *Cuadernos hispanoamericanos*, n.º 516, Junio, pp. 60-91.
 - (1994a), «Les recherches sur le livre et la lecture en Espagne (XVIII-XXe siècles)», *Bulletin de la Société d'Histoire Moderne et Contemporaine* (supplément à la Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine, t. 41), 3-4, pp. 49-57.
 - (1994b), «Galdós et ses publics», *Mélanges offerts à Albert Dérozier*, Besançon, *Annales littéraires de l'université de Besançon*, pp. 215-232.
 - (1995a), «Proyección y recepción de Galdós: la cornucopia del texto y de la obra», *Actas del quinto congreso internacional de estudios galdosianos*, Las Palmas de G. C., Ed. del Cabildo insular de Gran Canaria, t. II, pp. 9-21.
 - (1995b), «Les aleluyas ou le degré zéro de la lecture», J. Maurice (éd.), *Regards sur le XXe siècle espagnol*, Paris, Université Paris X-Nanterre, pp. 9-29.
 - (1996a), «La Iglesia católica y la prensa en 1900: entre poder y no poder», P. Aubert & J.-M. Desvois (éds.), *Presse et pouvoir en Espagne (1868-1875)*, Bordeaux/ Madrid, Maison des Pays Ibériques/ Casa de Velázquez, pp. 189-201.
 - (1996b), «L'Espagne et les modèles éditoriaux français (1830-1850)», Université de Paris III.
 - (1996c), «Las bibliotecas en la España del siglo XIX», *Historia de la literatura*, Espasa Calpe.
 - (1997), «La novela, género editorial», Madrid, Casa de Velázquez.
 - Chartier, A.-M. & Hébrard, J. (1989), *Discours sur la lecture (1880-1980)*, Paris, Bibliothèque publique d'information Centre Georges-Pompidou.





- Chartier, Roger (dir.) (1987), *Les usages de l'imprimé*, Paris, Chartier, A.-M. & Hébrard, J. (1989).
- Ezama Gil, M. de los Angeles (1992), *El cuento en la prensa y otros cuentos. Aproximación al estudio del relato breve entre 1890 y 1900*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza.
- Fuentes, Juan Francisco (1993), «La biblioteca del teniente general don José Mac Crohon», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXC, II, pp. 235-282.
- Hébrard, Jean (1985), «Les nouveaux lecteurs», in: R. Chartier & H.J. Martin (dir.), *Histoire de l'édition française*, t. 3, Paris, Promodis.
- Mac Kenzie, David (1991), *La bibliographie et la sociologie des textes*, Paris, 1991 (2.^a ed.).
- Magnien, Brigitte (éd.) (1995), *Hacia una literatura del pueblo: del folletín a la novela*, Barcelona, Anthropos.
- Martínez Martín, Jesús A., (1991), *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, CSIC.
- Moreno Martínez, Pedro Luis (1989), *Alfabetización y cultura impresa en Lorca (1760-1860)*, Murcia, Universidad de Murcia.
- Robine, Nicole (1970), «L'encyclopédie hebdomadaire et son lecteur», *Education permanente*, n.º 6, pp. 31-46.
- Simón Palmer, Mari-Carmen (1991), *Escritoras del siglo XIX. Manual bibliográfico*, Madrid, Castalia.
- Thiesse, Anne-Marie (1984), *Le roman du quotidien. Lecteurs et lectures populaires à la Belle Époque*, Paris, Le Chemin Vert.
- Tiana Ferrer, Alejandro (1992), *Maestros, misioneros y militantes. La educación de la clase obrera madrileña, 1898-1917*, Madrid, C.I.D.E.
- Trenc, Elisée (éd.) (1996), *La prensa ilustrada en España. Las Ilustraciones (1850-1920)*, Montpellier, Université Paul Valéry-Iris.
- Viñao Frago, Antonio (1989), «A la cultura por la lectura. Las Bibliotecas populares (1869-1885), en: J.-L. Guereña & A. Tiana Ferrer (dir.), *Clases populares, cultura, educación*, Madrid, Casa de Velázquez/UNED.

EL DIABLO DE LAS OBSESIONES DETRÁS DE LA CRUZ DE LAS TRADICIONES: INHIBICIÓN DEL PASADO A LA SOMBRA DE LAS TRADICIONES SECULARES

M. P. Desbtobbeleer



«Margarita la Tornera»¹ es un ejemplo perfecto de relato-clave de raigambre múltiple que funciona a lo de una pantalla que encubriría las verdaderas obsesiones del autor. Dicha leyenda, es una de las más célebres y, por supuesto, más leídas de Zorrilla. Mi intención es proponer otra lectura. Así, la obra podría, primero, enfocarse desde el punto de vista de las fuentes cuya diversidad hace de ella una obra de excepción en la literatura española por proceder de dos tradiciones a primera vista antagónicas que sitúan este texto en la encrucijada de dos imaginarios distintos.

1. «MARGARITA LA TORNERA» ES LA FUSIÓN DE DOS RELATOS LEGENDARIOS

El relato participa de manera evidente de una larga tradición cristiana: es, en un primer tiempo, la refundición de la leyenda de la «monja engañada por un vil seductor». Antes de abordar el tema, hace falta recordar brevemente el itinerario de esta leyenda.

a) *El legado de la Edad Media:*

A lo largo de los siglos, este tema de la monja engañada tuvo un éxito considerable. El asunto nace en el siglo XII, en la *Illus-*

¹ Todas las obras de Zorrilla a las que se hace referencia en este artículo están sacadas de ZORRILLA, *Obras completas*, ed. de Narciso Alonso Cortés, 2 tomos, Librería Santarén, Valladolid, 1943.